



Mayo de 2010

Opiniones en torno al Simce

Puntos rojos, amarillos o verdes: ¿mejorará el sistema escolar a partir de la información a las familias?

*Javier Corvalán R.
Investigador del CIDE, académico Facultad de Educación
Universidad Alberto Hurtado*

Desde hace 30 años el sistema educacional chileno está regulado por un mecanismo de competencia: la idea es que las escuelas compitan por captar alumnos y las familias compitan a su vez por lograr cupos para sus hijos en los mejores establecimientos. Si ambas cosas sucedieran de manera regular y constante, el sistema educacional tendría una dinámica virtuosa y, finalmente, las escuelas de bajo rendimiento, debido a la pérdida de alumnos, se verían enfrentadas a mejorar o desaparecer. Por su parte, las buenas escuelas tenderían a aumentar su matrícula. Todo bien, en teoría.

Sin embargo, después de décadas de competencia y de puntajes Simce informados públicamente, se observa que estos procesos competitivos y sus efectos virtuosos son realidades solo parciales. Una investigación actualmente en desarrollo en la Universidad Alberto Hurtado muestra dos hechos en contrario. El primero es que en el sistema educacional hay numerosas escuelas que han tenido cantidades estables de alumnos, independientemente de sus resultados Simce. El segundo, que miles de familias cuyos hijos asisten a colegios de bajo rendimiento, no han intentado o no han logrado cambiarlos de establecimiento.

Estas constataciones llevan a mirar con suspicacia una política que sustente el mejoramiento del sistema sobre la base de la competencia y de la información Simce, entregada a las familias. Junto a ellas hay al menos otros cuatro argumentos para dudar de la eficacia de la medida propuesta.

Primero, la evidencia internacional demuestra que la mayor parte de los sistemas que reúnen equidad y calidad educativa no se sustentan en regulaciones competitivas. Esto no quiere decir que, en tales sistemas educativos, no haya competencia entre las escuelas por prestigio y por resultados, pero no se plantea a la competencia como la panacea y columna vertebral de un sistema educacional.

Segundo, tenemos un problema de temporalidad. La investigación ya citada demuestra que hay familias que se cambian. Es plausible que con la cartilla de colores estos cambios se aceleren algo, pero la lentitud de los mismos hace que deban todavía sacrificarse varias generaciones de alumnos y familias recibiendo una educación deficitaria. La pregunta aquí es si hay alternativas más rápidas y directas para mejorar las escuelas de bajo rendimiento.

Tercero, no es lógico pensar que las familias enviarán a sus hijos a un establecimiento solo por el resultado del Simce. Diversos estudios demuestran que si bien es cierto lo académico es un atractivo para las familias también lo es la cercanía, la seguridad, el clima de la escuela y la satisfacción que los padres perciben en sus hijos. Algunos de estos factores son especialmente sensibles para sectores socioeconómicamente vulnerables.

Cuarto, en el sistema educativo chileno existen grandes impedimentos para los procesos de elección y cambio de escuela: la mayoría de los establecimientos particulares subvencionados tienen financiamiento compartido y en algunas áreas urbanas esta es la situación del 70% de los establecimientos escolares. Muchas familias sabrán por los colores de la cartilla que

recibirán que sus hijos asisten a colegios de bajo rendimiento, pero sus opciones de cambio estarán fuertemente restringidas por su capacidad de pago. Los puntos verdes de la cartilla solo serán válidos para las familias con cierta capacidad económica en tanto las más pobres deberán conformarse con transitar, si es que lo hacen, solo entre puntos rojos.

Miradas las cosas así, ¿no parece no solo más sensato sino también más eficaz que el Estado se empeñe en mejorar, como lo muestra la literatura internacional, las escuelas de bajo rendimiento, en lugar de promover la fuga de sus alumnos de ellas? Esto implica también otro rol del Estado, no solo el de informar y poner incentivos o castigos a los actores del sistema educacional sino de transmitirles confianza, en especial a las escuelas de bajo rendimiento, en términos de que mediante apoyos pedagógicos y nuevos insumos, ellas pueden mejorar sus resultados académicos.

¿Qué nos trajo de nuevo el Simce?

Andrea Ruffinelli
Directora de Investigación del CIDE, académica Facultad de Educación
Universidad Alberto Hurtado

¿Qué nos trajo de nuevo el Simce? Más evidencia acerca de la profunda dificultad política que tenemos para tomar decisiones técnicas efectivas destinadas a que nuestros niños y niñas aprendan, y también nuevas iniciativas ministeriales para comunicar sus resultados. A la luz del reciente discurso presidencial del 21 de mayo no cabe menos que reiterar la inoperancia de varias de dichas medidas para lograr de verdad mejorar la educación chilena, y reconocer su alineación con las políticas mercantiles más ortodoxas, ignorando las contundentes señales que indican no solamente la inadecuación de las bases actuales de nuestro sistema educativo por cuestiones ideológicas, epistemológicas o éticas, sino también desde los sistemáticos malos resultados. Simplemente no funciona.

La autorregulación del 'mercado educativo' no está operando, y no puede operar, dado que las escuelas no son pastelerías. La pastelería que hace tortas malas termina mejorando su receta, para atraer clientes, o cerrando porque los vecinos del sector no le compran. Pero con las escuelas esto no ocurre. Las escuelas con magros resultados no desaparecen, ni mejoran, tienen su 'público cautivo', no hay consecuencias según la calidad de sus 'productos', no se sabe a ciencia cierta cuándo puedo considerar 'bueno' el 'producto', no hay alternativas reales para elegir, ni se garantiza la provisión de las 'materias primas' necesarias.

Así ocurre cuando los estudiantes migran de un colegio a otro: no suelen hacerlo en busca de mayor 'calidad educativa'. Sucede que hay una diversidad de factores que hacen de la escuela algo muy distinto a una pastelería. Las tortas no están garantizadas por la constitución, el derecho a la educación sí, por lo tanto se generan nichos variados para responder a esta exigencia, que en el caso de las tortas se resuelve sólo por oferta y demanda. Y si las tortas fuesen un derecho constitucional, probablemente tendrían un estándar mínimo, que obligaría a prepararlas sólo con determinados ingredientes, en un determinado proceso, y eliminaría por defecto a las malas pastelerías. Este estándar mínimo tampoco opera en materia educativa. Un ejemplo poderoso de la no funcionalidad de la autorregulación mercantil es el nacimiento de la Agencia de Calidad, con atribuciones para cerrar escuelas, asumiéndose así que el modelo no estaba operando, ni puede hacerlo.

Sin embargo, ¿cuánto podrá hacer esta Agencia si la total desregulación de nuestro sistema de educación superior ha permitido por lustros el egreso y titulación de profesores que han recibido una cuestionable formación, que son a su vez 'liderados' en sus escuelas por directores escasamente competentes? Se requiere voluntad política y acciones técnicamente fundamentadas para focalizar en la formación de los docentes, el fortalecimiento de la educación pública (la única opción de la gran mayoría de la población) y en el modelo de dicha administración de la educación pública, todos ellos focos que han sido reconocidos por la

actual autoridad, y sobre los cuales urge operacionalización y acción, en lugar de invertir enormes esfuerzos en medidas orientadas a instalar todavía con mayor fuerza un modelo mercantil, promoviendo más la libertad de enseñanza que el derecho a aprender.

Esto hace el *Mapa* de resultados del Simce que se incluye en la carta a los padres, profundizando heridas al homologarse con el mapa de la pobreza en Chile, para mostrar a cada familia, tal como lo hace un aviso publicitario, los lindos productos que ofrecen en la tienda de más lejos, pero a los que yo no tengo acceso porque no tengo el dinero para comprarlos. Sabemos que en Chile los que eligen son exclusivamente los que pueden pagar, y las escuelas, y el *Mapa* muestra dónde 'invertir', sin considerar que la mayoría de los que lo recibirán no tienen posibilidad alguna de elegir, ofreciéndoles toda la gama de opciones a la que no pueden acceder, (sin considerar el grotesco reduccionismo de homologar resultados Simce a calidad educativa), constituyéndose en una propaganda gratuita para los colegios particulares, financiada con dineros de todos los chilenos, en lugar de invertir esos tiempos y esfuerzos en fortalecer nuestra malograda educación pública.

Es importante informar, transparentar, para apoyar el proceso de toma de decisiones de las familias, pero en el estado actual de nuestra educación no puede ello ser un foco. Es importante también medir y comunicar los resultados de esas mediciones, pero tal como se han preguntado ya otros, ¿cuál es la ganancia - y para quién - de seguir diagnosticando al enfermo? Si no se toman medidas efectivas, si no ocurre algo distinto y eficaz entre una y otra medición no hay razón para esperar que los resultados mejoren. Ya sabemos que el enfermo está grave, y que la fiebre no baja por mucho medir con más frecuencia la temperatura. Más frecuencia y amplitud del Simce tampoco debería ser foco hoy, menos aún si reflota la idea de informar resultados por estudiante, como ya se había venido señalando. ¿A quién ayudaría esa medida? ¿Cómo aporta al mejoramiento de la calidad educativa? Ayudaría a ocupar más espacios en los avisos económicos con padres que ofrecen a sus hijos con buenos puntajes Simce al mejor 'colegio postor', o a abrir lucrativas oficinas de 'corretaje de estudiantes', o sería un buen filtro para llenar los cupos de los liceos 'de excelencia'. Ojala estas sigan siendo caricaturas, porque la urgencia hoy es la formación, la docencia. Incentivos para que los mejores sean docentes y directivos, y eso implica estrictas regulaciones para una formación de calidad, y una carrera docente atractiva, en un contexto de efectiva valoración simbólica y económica de la profesión. Nada más. Ni nada menos.

¿Podremos mejorar en el Simce incentivando la elección de escuelas desde las familias?

*Marcela Román C.
Investigadora del CIDE, Facultad de Educación
Universidad Alberto Hurtado*

Nuestro sistema educativo no muestra signos de mejora en los aprendizajes de sus estudiantes y las brechas- privadas y públicas- lejos de disminuir parecen acrecentarse. Frente a la contundente evidencia acumulada, hoy la pregunta es si lograremos mejorar en el Simce continuando con lo que hemos venido haciendo. En un escenario educativo como el nuestro. Datos de un reciente estudio del CIDE, muestran que a lo largo de una década (1998-2008), un tercio de las escuelas del sistema se han mantenido con bajos resultados en 4° y/o 8° básico. Todas ellas, municipales y privadas, han sido objeto de diferentes estrategias y programas de focalización y asistencia técnica en este período y sin embargo, no han logrado ofrecer una enseñanza de mejor calidad para su población escolar.

¿Por qué las familias y los estudiantes permanecen en ellas? ¿Será sólo porque no conocen el Simce que alcanza el establecimiento donde se educa su hijo o hija? ¿Bastará con informarles de manera más alarmante el estado de situación para que se produzca un cambio hacia mejores escuelas y, con ello presionar a quienes no logran buenos resultados? Francamente No. Cerca de un 86% de familias y estudiantes permanecen en escuelas de bajo Simce

histórico y más de un 40% de las que se cambian, lo hacen hacia otras escuelas de resultados igualmente bajos. Sólo un 10% lo hace hacia escuelas con buenos logros.

Pero, ¿pueden efectivamente los padres y estudiantes que permanecen en estas escuelas optar al cambio en busca de algo mejor, o están “condenados” a mantenerse en ellas? ¿Tienen en su entorno otras escuelas de mejor calidad a la que puedan optar financiera y libremente? (gratuitas y sin selección por ejemplo) ¿Los padres y estudiantes priorizan sólo el rendimiento a la hora de elegir escuelas? En otras palabras, ¿todas las familias se quieren y pueden cambiar de escuelas y, cuando lo hacen, se mueven tras el Simce?

¡Otra vez No! Para muchas familias, sobre todo para aquellas más pobres y vulnerables, la elección de escuelas es algo imposible porque su horizonte se reduce a establecimientos gratuitos y porque las otras opciones (sí es que las hay), son escuelas de resultados similares. Más del 90% de las escuelas con bajo Simce histórico son de nivel socioeconómico bajo y ellas, debido a la brutal segmentación del sistema, se concentran en las comunas con mayores índices de pobreza y vulnerabilidad. El cambio en busca de mejor Simce no es tampoco el eje de prioridad de los padres quienes, cuando pueden elegir, valoran y mucho, el ambiente, la disciplina, la seguridad y trato hacia sus hijos. Elegir y cambiarse de escuela es bastante más complejo que decidir comprar el té o el pan en otro supermercado o que cambiar de peluquería, como muchos parecen sostener hoy.

Así las cosas, pareciera que estas escuelas son funcionales y necesarias para la viabilidad del actual sistema. De no modificar radicalmente el horizonte y la regulación actual, seguirán exhibiendo estos magros resultados año tras año y, la calidad no llegará por efecto de la migración de padres y estudiantes. El sistema no dispone de otra salida para este importante número de alumnos y estas escuelas no tienen mayor incentivo para mejorar su oferta educativa. Más que promover su desmantelamiento, debemos ser rigurosos al comprender su permanencia y realizar aquellas modificaciones estructurales que permitirán que ellas mejoren y se mantengan en el tiempo.

Novedades en la entrega de resultados del Simce

*Carlos Concha Albornoz
Director de la Escuela de Educación Continua, Facultad de Educación
Universidad Alberto Hurtado*

Las nuevas autoridades educacionales han difundido con entusiasmo que habrá información adicional en la entrega de los resultados del Simce los próximos días. Ella incluye una carta del Presidente de la República y un mapa para los padres donde aparecerán los colegios de la Comuna en puntos verdes, amarillos o rojos, dependiendo de si el puntaje obtenido esté sobre, en o bajo el promedio nacional. En octubre, se agregarán los resultados del Simce de años anteriores y también los de la PSU de los colegios de la Comuna.

Al parecer, y no obstante que los estudios sobre esto indican lo contrario, las autoridades siguen convencidas que con la información de los resultados en el Simce, los padres retirarían a sus hijos de esos “malos” colegios y los llevarían a los “buenos”. Desde comienzos de los 80, cuando se estableció el sistema de subvenciones, se ha estado esperando esto. Lo que ha quedado claro es que la decisión de la familia en esto es mucho más compleja, que las escuelas se han ordenado en estamentos en los que los resultados están más asociados a las condiciones sociales y económicas de las familias que a otras cosas y por cierto, no hay que olvidar que las familias más pobres y rurales no tienen escuelas alternativas para elegir.

Ahora bien, ¿Cómo leer los puntos verdes, amarillos y rojos de las escuelas? ¿Podremos distinguir en el mapa una escuela que selecciona a los estudiantes y a sus familias de una que no lo hace? ¿Una que expulsa a los alumnos de bajo rendimiento de otra que acoge a todos?

¿La distribución de colores, considerará las diferencias de capital cultural de las familias de los estudiantes? ¿La distribución tendrá en cuenta que a veces el aporte económico de las familias duplica o triplica lo que el Estado entrega? ¿La clasificación podrá aislar lo que la escuela efectivamente agrega en aprendizaje para sus estudiantes de las demás variables que no dependen de ella?

Es altamente probable que los resultados del Simce sigan mostrándonos la brecha entre sectores pobres y ricos, entre las zonas urbanas y rurales, entre hombres y mujeres, entre Santiago y Regiones. Cuando revisemos los colores no veremos otra cosa que lo que somos como país, incluyendo nuestras desigualdades. Y por cierto que es poco razonable esperar que las familias cuyos hijos obtuvieron niveles de logro iniciales en Lenguaje (35%) y en Matemáticas (41%) en el Simce pasado, cambien a sus hijos de colegio el próximo año si ello se mantiene en esta medición.

No es tan claro entonces en qué va a ayudar a solucionar el problema de los bajos resultados de aprendizaje el mapa comunal que el Ministerio de Educación entregará a los padres la próxima semana. Lo que sí hará la diferencia es continuar incrementando los recursos para las escuelas que atienden a sectores más pobres, asegurarles apoyo externo de calidad, generar incentivos para que los mejores directivos, educadoras y docentes trabajen en esas escuelas, considerar su contexto cultural y las diferencias entre los estudiantes. Estos anuncios sí serían una buena información adicional para los padres y para todos.

De parte del Presidente

*Iván Ortiz
Investigador del CIDE, Facultad de Educación
Universidad Alberto Hurtado*

Informar a los ciudadanos de la calidad de la educación que imparten los establecimientos escolares del país para fundar sus opciones como usuarios o consumidores del servicio educativo, no tiene ninguna novedad. Fue uno de los propósitos fundacionales del Simce hacia el final de los años 80, respecto del cual muchos políticos de la educación estuvieron de acuerdo durante los años posteriores. Claro, nunca estuvieron muy de acuerdo con el juego de ranking de establecimientos, pero esa es otra cosa, más reveladora de los intereses y del poder de los medios de comunicación. La administración actual ha anunciado medidas que insisten en ello.

Mi cuestionamiento apunta justamente a la voluntad de insistir en ello, y supuestamente de mejor manera, pues me parece que es innecesario, por una parte, y contradictorio con ciertos elementos de consenso social y político logrados en educación, por otro.

Creo que los elementos de novedad del llamado "Semáforo Simce" son tres: el hecho de que el emisor del mensaje sea el Presidente de la República, dirigido a todos los apoderados del establecimiento, y con una señalética peculiar (mapa comunal, colores que jerarquizan el logro de los establecimientos). ¿Por qué estos elementos informarían más o mejor ahora que el contenido, similar, informado antes por el Simce, año tras año durante un cuarto de siglo? La idea de que los padres y apoderados bien informados sobre los resultados académicos de los establecimientos obrarán en consecuencia, mostró ya sus efectos sobre la elección de establecimientos. En general, la idea resultó correcta.

Bueno, parcialmente correcta. En estos años se ha observado que, efectivamente, muchos padres prefirieron establecimientos con mejores resultados, cambiando a sus hijos de colegio en muchos casos. Esto contribuye a explicar porqué la matrícula de los establecimientos particulares subvencionados ha venido creciendo sistemáticamente durante años, y decreciendo la de establecimientos municipalizados. Los padres que se comportan así, como "consumidores racionales", suelen tener un perfil bien definido: conocen los resultados Simce,

tienen una escolaridad relativamente alta, mayores ingresos y se concentran en establecimientos particulares subvencionados y privados. Incluso en los establecimientos municipalizados existen padres que se comportan racionalmente, cambiando a sus hijos a colegios con mejores resultados; son los que, comparativamente, tienen más educación e ingresos que sus pares y conocen los resultados Simce.

Pero pongamos atención a los *otros* padres, aquellos que parecen no enterarse de que existen colegios mejores y peores; no conocen los resultados Simce, se concentran en establecimientos municipalizados (pero no exclusivamente), y tienen menos escolaridad e ingresos que sus pares. Supongo que a ellos van dirigidos los renovados esfuerzos informativos del “semáforo Simce”, pues los otros padres se cuidan solos. Pues bien, me parece que la racionalidad de su comportamiento es de una pureza química: no se cambian a establecimientos de mejores logros porque no pueden solventar los costos del cambio, aunque estén a tres cuadras de su casa. Costos de todo tipo, pero principalmente económicos.

En efecto, como ocurre en todo mercado segmentado, el de la educación ofrece calidades para todos los bolsillos; a mejor calidad, mayor precio. Hay excepciones; es posible encontrar colegios buenos, bonitos y baratos, pero no tienen cupos, ya se llenaron. Por otro lado, cambiarse de un establecimiento de 230 puntos en el Simce a otro mejor de 240, no vale mucho la pena. Entonces, para estos padres, recibir la carta con la nueva información Simce en colores, será como recordarles cuáles son sus verdaderas posibilidades económicas y cuál es su lugar en la jerarquía social, de parte del Presidente.

No entiendo por qué el Presidente se expone de esta manera. Es posible que las autoridades educacionales, al insistir en la información Simce, no tengan en mente promover en los usuarios la opción de salida de los malos establecimientos, sino la de voz. Hace algunas décadas el economista político Albert Hirschman planteó tres opciones de los consumidores frente al descontento con los productos o servicios de una marca. Salida: abandonar la marca por otra; voz: protestar para tratar de cambiar las cosas desde dentro; y lealtad: quedarse de todos modos con la marca por gratitud, apego o identificación. Ojalá en todos los establecimientos los padres protestaran cuando las cosas no andan bien. Pero la opción de la voz supone que los consumidores tienen un poder real de influencia, el que se funda en la amenaza de salida. Vuelta a lo mismo: los padres de escasos recursos no tienen opción de salida. Años después de la aparición del libro de Hirschman, un sociólogo belga agregó una cuarta opción a las tres de Hirschman: apatía. Guy Bajoit mostró que la gente puede quedarse con una marca pese al descontento con su calidad, pero no por lealtad. Cuando la voz no sirve porque no tiene peso y no existen posibilidades reales de salida, solo queda la apatía.

El Presidente se expone a efectos sociales no esperados del semáforo Simce. ¿Y si la gente, en vez de usar la voz contra su propio establecimiento, la usa contra el sistema, contra el gobierno, contra el Presidente? Algo así sucedió ya en el 2006 con la revolución de los escolares. Gracias a esa movilización se desencadenó un gran debate nacional acerca de la educación, que culminó en la nueva Ley General de Educación y otras propuestas de leyes, como la de aseguramiento de la calidad y la de fortalecimiento de educación pública, las que si bien requieren aún más discusión y perfeccionamiento, se hacen cargo de la necesidad de cambio. En cambio, el semáforo Simce insiste en una problemática que creíamos superada.

La calidad de la educación: Evangelización y semáforos rojos

Jorge Radic
Director Escuela de Educación
Universidad Alberto Hurtado

En la misma semana en que el Ministerio de Educación (Mineduc) hacía pública la entrega de resultados del último Simce y el Ministro Lavín, presentaba a la prensa, el mapa con semáforos de colores, que orientarán a los padres respecto a la calidad de educación que reciben sus hijos, la Conferencia Episcopal de la Iglesia Católica, en el marco de la misión continental, auspiciaba un seminario internacional para conocer y discutir Experiencias Significativas de Calidad en la Educación. La pregunta que rondaba en este encuentro interpelaba respecto al rol de los colegios de Iglesia en la construcción de un Proyecto Evangelizador. Este debate no puede ser entonces más oportuno. La pregunta respecto a ¿Qué calidad esperamos? Y ¿Cuáles son los indicadores para evaluarla?, cobra en este escenario nueva fuerza.

Al respecto tres reflexiones. Primero, la calidad de la educación no es un objeto ajeno y externo, es decir la calidad es un constructo social, que da cuenta de las valoraciones y expectativas de logro que la sociedad pone en el sistema educativo y por tanto requiere un fuerte consenso social. La Iglesia tiene el deber de promover un sistema educativo que ponga en la equidad y la promoción del desarrollo pleno del ser humano su primera prioridad. Aquí radica la clave del anuncio de la buena noticia. Esta premisa supone dos tareas, desarrollar lo que muchos proyectos educativos han denominado Formación Integral y testimoniar con su trabajo de red, la equidad entre sus instituciones, asunto clave para que la educación se desarrolle con calidad y ser así testimonio en un país segregado y confundido en este debate.

Segundo, No se trata sólo de fijar metas, efectivamente el sistema escolar ya tiene metas claras de aprendizaje, ayudadas ahora más con herramientas como los Mapas de Progreso; el desafío actual es articular las metas en función de un proyecto social que permita el desarrollo más pleno e íntegro de la persona. Esta es una tremenda oportunidad para la Iglesia, levantando la voz para denunciar los focos limitados y tremendamente injustos con que hoy se discute la calidad escolar. Los semáforos de colores, parecen olvidar que medir la calidad de una escuela es algo más complejo que el resultado del Simce (que por cierto es relevante y necesario) y que el supuesto que el sistema se moverá por fomentar el ranking, implica algo tan ingenuo como que el mercado de la escuela se mueve como un queso que es puesto en la vitrina del supermercado. Es el tiempo de trabajar muy en serio apoyando a las escuelas y los profesores, dando espacios que permitan que la escuela responda creativamente a los contextos en que trabaja e implementar experiencias pedagógicas que lleven adelante el desarrollo integral de sus estudiantes, experiencias que valoren el trabajo de la escuela, apropiándose del currículum y poniendo color al día a día.

Tercero, el gran problema de los proyectos evangelizadores y la formación integral, es que queda como un “cliché”, un “hermoso ideal”, palabras al viento. La formación integral, entendida a la luz de un Proyecto Evangelizador debe ser anuncio y vida, es decir testimonio. La responsabilidad es entonces no sólo desarrollar experiencias, sino demostrar los resultados mediante nuevos y creativos modos de evaluar y reportar los resultados. Los padres tienen derecho a saber el resultado de la escuela, por supuesto que sí, pero la escuela debe tener la oportunidad de aclarar muy bien esas metas, de desarrollar una propuesta pedagógica coherente con ellas y demostrar con diversas evidencias (cualitativas y cuantitativas) los resultados del aprendizaje. El movimiento por una evaluación auténtica, el foco en la demostración de desempeños es una oportunidad para que la Iglesia demuestre hoy con sus escuelas que si se apoya con fuerza su trabajo, esta se hace responsable de su Proyecto Educativo, que si se colocan correctamente los incentivos, si es posible una educación que dignifique a los estudiantes y no coloque una vez más a la escuela y sus profesores en el banquillo de los acusados como responsables únicos de una mala calidad que aún no acabamos de entender.

¿Educación o Instrucción de calidad?

*Priscilla Echeverría
Académica Facultad de Educación
Universidad Alberto Hurtado*

Siempre resultan preocupantes los resultados del Simce. No es nuevo que a partir de estos resultados se implementen medidas para remediar esta situación. Así tenemos, por ejemplo, la idea del gobierno actual de enviar un mapa a las casas de los padres y apoderados en el que se indican los resultados de los colegios de la comuna. Una más de tantas medidas que obvian la pregunta de fondo: ¿cuál es la razón por la que tantos estudiantes no logran aprender los mínimos esperados en las áreas de matemáticas y lenguaje? Esta medida se ofrece como si con ella se enfrentara el problema, cuando lo único que hace es mostrar algo que todos sabemos: las profundas diferencias en los resultados entre colegios que acogen a estudiantes de distinto nivel socioeconómico (Y no necesariamente entre colegios privados, particular subvencionados y municipales: en Ñuñoa un colegio municipal obtiene mayores puntajes que un particular subvencionado de una comuna periférica).

Vale la pena preguntarse entonces, ¿Acaso no es evidente que los colegios a los cuales acceden estudiantes provenientes de un sector socioeconómico con un mayor capital cultural obtienen mayores resultados? Hay una estrecha correspondencia entre el origen socioeconómico de los estudiantes y el puntaje logrado en la prueba. Entonces, ¿podríamos decir que es un mérito de los colegios el obtener un buen resultado en el Simce? ¿Obtendrían esos colegios el mismo resultado, si en un ejercicio hipotético, cambiáramos a los estudiantes con los que ese colegio trabaja, y lo llenáramos de estudiantes provenientes de una realidad social marginal, por ejemplo? El mérito estaría si lo lograra. Pero parece que no es tan simple, de lo contrario, los colegios no pondrían filtros de entrada, como lo hacen los colegios que se hacen llamar de “excelencia”. Sin embargo, son esos colegios los que ostentan entregar una “educación de calidad”.

Entonces, cabe preguntarse, ¿qué estamos entendiendo por “educación de calidad”? ¿Es acaso un buen resultado en el Simce un indicador de calidad en el proceso educativo? ¿Qué nos están diciendo cuando se afirma que el Simce mide la calidad de la educación? ¿Es esto correcto?

Si consideramos que la educación es el proceso a través del cual las personas aprenden a hacerse cargo de sí mismas en sus distintas dimensiones –social, afectiva y sexual, académica, civil, ciudadana, laboral- como resultado del conjunto de experiencias que le ha ofrecido la escuela a lo largo del trayecto formativo, entonces podremos inferir que lo que el Simce mide no es precisamente el resultado de la labor educativa de la escuela, sino la instructiva, es decir, la actividad de enseñanza-aprendizaje que se lleva a cabo en ella. Y es en pos de esa función que el Simce, transformado actualmente en un fin en sí mismo, que lo instructivo le ha quitado mucho de educativo a nuestras escuelas. Y esto hoy se exacerba aún más con la medida impulsada por el actual gobierno, fundada en la competencia.

En pos de ser “cotizados” en el mercado de la educación”, y ahora salir con luz verde en el mapa, los colegios se han abocado a poner filtros de entrada a los estudiantes, prepararlos para lograr un producto en lugar de vivir un proceso, con la carga de estrés que ello significa, controlarlos sistemáticamente para saber cómo van rindiendo la prueba a modo de ensayo, quitar horas de clases a otras asignaturas, sobrecargar a los profesores de las áreas de Matemáticas y Lenguaje con tareas relacionadas con la preparación para el Simce, por citar algunas medidas que los colegios toman en nombre de la calidad en la educación. Ante estas medidas, y teniendo presente lo dicho anteriormente sobre el significado de la educación, cabría preguntarse:

- Con relación a los filtros de entrada, ellos redundan en una mayor segregación en la escuela. ¿La segregación no atenta acaso contra lo educativo? (Qué decir sobre la creación de Liceos de excelencia que ha prometido el gobierno actual: otro paso a favor de la segregación).

- En cuanto al énfasis en el resultado, ¿pensar en éste por sobre todo no atenta acaso contra lo ético –el fin justifica los medios, dice el refrán popular- , que es una dimensión educativa, y que además necesitamos urgentemente recobrar como sociedad para vivir de una manera más armónica y amable?

- Con relación a imponer permanentes ensayos del Simce a los estudiantes, ¿no desvirtúa esto el proceso de aprendizaje, y lo convierte en algo frenético, funcional, en lugar de ser un proceso que permita encauzar la natural curiosidad de los niños por aprender?

- En cuanto a quitar horas a otras asignaturas para dedicarlas a la preparación del Simce, ¿no es acaso la integralidad del saber la que permitirá preparar mejor a los estudiantes para enfrentar las distintas dimensiones del mundo? (Cuidado! El mundo del trabajo no es el único mundo de la vida de una persona) ¿Acaso no necesitamos de las Artes, la Filosofía, las Ciencias Sociales y los idiomas?

- Con relación a sobrecargar a los profesores, ¿no distrae esto de otras labores que a duras penas los profesores logran hacer en su trabajo, si consideramos que las horas para planificar y evaluar que a un profesor le pagan son absolutamente insuficientes? ¿Acaso el estrés del profesor, la sobrecarga de trabajo a la que se ve expuesto, no atentan contra la calidad de su labor? ¿Y qué decir de participar de otras instancias del colegio, además de la instrucción, para que éste sea un espacio verdaderamente educativo? Instancias tales como trabajar con la comunidad, en proyectos para enfrentar problemáticas al interior de la escuela, entre otras.

Vemos entonces que de calidad de educación hay bastante poco en nuestras escuelas, pues al obsesionarse con lograr buenos resultados en la prueba en cuestión se ha desvirtuado lo educativo. Estaría más claro si nos refiriéramos al Simce como un medidor de la calidad de la instrucción que de la educación. Pero ello no conviene a las finalidades de nuestro sistema educativo actual, que más que preparar personas para participar críticamente del mundo, les prepara para adaptarse a él sin más. Si se quisiera evaluar verdaderamente la calidad de la educación de nuestras escuelas, habría que mirar aspectos cualitativos además de cuantitativos, lo que dejaría sin duda mal parado a más de algún colegio de excelencia.

Joaquín Lavín ha dicho que hay que hablar de educación sin ideologizar o politizar el tema. ¿No es acaso la tecnocracia en la que han caído nuestras escuelas reflejo de una ideología? ¿No se está construyendo una sociedad funcional al neoliberalismo desde estas lógicas de competencia? ¿No se está sirviendo al neoliberalismo al llevar la lógica empresarial con grandes corporaciones educativas, promoviendo lógicas jerárquicas por sobre las democráticas que debieran desarrollarse en la escuela para construir una sociedad al servicio de sus miembros? No habría de extrañar que para el tricentenario, estas grandes corporaciones fueran sociedades anónimas que transaran sus acciones en la Bolsa de Comercio, y sus valores dependieran de los resultados Simce obtenidos cada año.

Sin duda que el aprendizaje de los objetivos trazados para las áreas de Matemáticas y Lenguaje es fundamental, pero debemos preocuparnos si en pos de ese objetivo se descuida aquello que las escuelas debieran hacer en forma prioritaria: educar.